

EN OTRA SOLEDAD

Por JOSE MARIA LAFARGA

SENTADA, caídos los brazos, el bolso colgante tapándole las rodillas, permanece Laurita olvidada de toda coquetería. El ámbito del bar está pleno de olores húmedos; por los cristales traslúcidos cuelan los últimos, horizontales, rayos de sol, que iluminan y densifican las humaredas: el humo de los lentos cigarros asciende y se encrespa, sin disolverse.

En torno de Laurita, cien conversaciones forman un rumor impenetrable; de lo lejos llegan las voces recortadas de Paquito, el «barman»; se oyen sus pasos premurosos. El coñac, que por la mañana reposaba en las botellas, tuvo una tarde movida; aún temblequea entre los vidrios.

Laurita tiene la cabeza baja. Oye, no mira, piensa. No, ni aun eso; ni aun eso quiere. Ella querría no estar. Es probable que aún marche a casa; si no fuera domingo...

Desasida de la algarabía, una voz le habla, bruscamente próxima, inoportunamente dirigida a ella.

—Hola. ¿Me siento aquí contigo?

Ella mira: un obrero, vestido de domingo, en pie, aguarda. La cabeza de Laurita ha quedado a la altura de su vientre. La levanta más, mientras abre los labios en una vieja, repetida sonrisa.

—Sí, claro.

El baile de figuras de la calle de San Ramón, se repite adornado de un sentido (¿qué importa su inexactitud?) en la mente del inválido, instalado en su acera.

La silla de ruedas, puro armatoste, esquelética, aterradora. Las perneras del pantalón, como chupidas, pregonan, al tajarla, la delgadez de sus piernas. La bata. La semiboca gorda y blanda, en el lado derecho de la cara. Los ojos.

Los ojos, desde fuera, están muertos; parecen incapaces de mirar con fuerza, han olvidado el gesto de escrutar.

El inválido mira hacia dentro, a su reproducción inexacta de tipos e intenciones: la gente le muestra desnudos sus deseos, claros sus recovecos; le entretiene con historias, todas de su gusto. El hombre se ha enviciado con su lente de esmeralda; sólo ve bajo los matices de su cinismo. Sólo ve las cosas en su propio dentro.

Los ojos del inválido, desde fuera, no tienen fuerza.

Los domingos son buenos días; la calle se renueva. En la tienda de enfrente, no se queda la mancha blanca de la lechera, delantal y gordura. Hoy pasan más chulos repeinados, desconocidos incluso, arrastrando a una mujer carnuda, a remolque de una ojerosa plena de misterio. (Misterio breve: pronto aparece cálida su intimidad; se desarrollan lentas, con repeticiones gustosas, sus más pequeñas actitudes, palabras, pasiones).

Un matrimonio con dos hijos: un niño y una niña. La niña como de nueve años. Ya no tendrán más; uno de cada. El, parece oficinista; corbata pasada de moda, bigote discreto. Ella, maternal, blanda, parece fiel. Únicamente, por fortuna, ella tiene un gesto en la boca un poco triste.

¡Puaf...!

A Laurita, la del Selva Club, que pasa con un maromo, la empujan en el codo dos jovencitos apresurados. Marchan a pequeños impulsos entre la gente. Cogidos de la mano y, por si fuera poco, colgados de la mirada. El, moreno; ella, rubia, de carne apretada, rosa muy pálida. Laurita, sin perder la sonrisa, envidia a la joven que la empujó. La joven marcha al baile, su compañero inquieto. El maromo, serio, del brazo de Laurita, no ha visto pasar a nadie.

Un muchacho de quince años, pitillo en mano...

El corredor de la casa para dormir hombres es muy triste. Hay una maceta grande, de madera verde, con una palmera. Hay una bombillita roja encima de la puerta del 11. Las paredes, de un tono entre marrón y granate. El techo, invisible. Las puertas de las habitaciones, también de marrón pero muy manoseadas. Junto a la maceta hay un reloj de pared.

El reloj se hincha, a latidos, con once campanadas. Once escalofríos por el pasillo. El mundo de la casa duerme. Las campanadas serían inútiles a no ser por el ocupante de la alcoba 14.

Está parcialmente oscura. La puerta, que da al pasillo, cerrada. La ventana entreabierta; entra de la calle un resplandor entre dos planos. Queda resaltada la blanca camiseta del hombre y un trozo de la blanca colcha. El hombre está sobre la cama; las callosas manos por debajo de la cabeza; todo el cuerpo encima del cubrecamas blanco.

En un perchero de la pared, en la zona de sombra, ha quedado su traje de domingo. No se ve; si acaso, unas formas fantasmales.

El hombre piensa en las horas de aquel domingo.

Tiene otros pensamientos agradables. Piensa en un piso propio; una mujer a quien llame, muy tiernamente, por su nombre. Mujer ideal.

Lleva largo rato pensando cosas bellas, pero siempre hay una cosa molesta en el fondo de su mente. Una pequeña preocupación roedora y alejada. Un algo que adquiriría importancia si le prestara atención: «A pesar de todo, mañana, a las ocho, empezará el trabajo; es infalible». Debe ser malo pensar a gusto; me duermo tarde; mañana, más pereza.

Entran en el cuarto las once campanadas.

—¡Qué lata!

Una mujer; llamarla por su nombre; verla con el delantal ceñido junto al vientre.

Pedirle la comida. Unas cenas con regusto de familia. Levantarse y mirarla y llenarse de su presencia.

Sobre la una menos cuarto, el hombre se duerme.

